

sobre el mapa, Hamburgo parece una cabeza de hombre con las mejillas levemente tensas soplando por la embocadura de un clarín, instrumento poderoso y estridente con el que realmente sólo pueden emitirse tonos tenues, razón por la que la ciudad envía hacia el océano a través de su río una música amortiguada, un murmullo reservado. En ciertos instantes se puede escuchar: cuando se contempla apoyado en la barandilla de un canal la maniobra de apertura de esclusas, cuando un velero trata de pasar de la Alster al Elba, se perciben súbitamente, procedentes del puerto, dos sirenas de navío que producen tonos profundos, uno largo y tres breves. Luego, se va uno tocado en el alma de manera agradable, dispuesto a comprar en una tienda del ramo un mapa marino del Skagerag, en el que las costas nórdicas se ofrecen en el mar como una franja gris. Como las calles de Hamburgo generalmente son más anchas que en otras ciudades, casi siempre se puede comprobar que la ciudad se halla extendida bajo un cielo levemente gris. Sus edificios no son muy altos; son, a excepción de los centralmente situados, mas bien bajos. Ni siquiera en el centro se aglomeran en pesadas masas, al contrario, encajan con cierta soltura. Podrá ser esto una ilusión óptica, ocasionada por la luz grisácea del cielo y de la superficie del agua, que penetra por los desfiladeros de las calles y que disuelve las construcciones sólidas. Fuera del centro aumenta la luz palomácea, junto al tempo continuo de automoviles expandiéndose por la red de las vastas avenidas llamadas chaussees o alleen, hacia los cuadrángulos en que se repiten hasta el infinito jardines minúsculos bordeando las pequeñas casas, y se infiltra sucia en los distritos fabriles de ladrillo recocido de Billwerder y Eidelstedt, Rothenburgsort y Wandsbek.